

gó variados saberes, que aparecen ejemplificados en esta miscelánea de sus últimos años: filología clásica, marxismo autocrítico, psicoanálisis, epistemología de la ciencia, economía política, socialismo de aquella manera (el de su revista *Socialisme ou barbarie*). Defensor de la historicidad del hombre, de su autonomía individual y social, moderno, en suma: a su vez, reconocedor de la insanable imperfección de toda empresa humana, a contar desde la más ambiciosa y sólida, el capitalismo; aceptador de la economía política, pero no de su carácter científico preciso y previsor; demócrata, pero a la manera fundacional de la democracia, como la autogestión de toda la vida social; etcétera.

Didáctico y diáfano, Castoriadis se mete entre disciplinas cercanas pero dispares, demostrando su habilidad para pensar cosas heterogéneas como la guerra y la neurosis, el odio como afecto fundamental a la madre y a la sociedad (en consecuencia: a uno mismo y a los demás), el caos y las determinaciones de los objetos por medio del número y el espacio.

Castoriadis tuvo sus bestias negras y las exhibe en su zoológico particular: Heidegger, Lacan, las instituciones ortodoxas, los políticos conservadores de diverso pelaje, la concepción totalitaria de la vida. La suya es una defensa de lo imaginario social y la imaginación

individual, como campo de lo indeterminado, lo creativo, lo futuro: la libertad entendida como manos a la obra, como ejercicio concreto y asociativo de esa indeterminación. Un siglo extremadamente civilizado y bárbaro, liberal y opresor, opulento y miserable, le indujo la necesaria vocación que articuló su vida: buscar espacios de libertad en medio de la sociedad que todo lo condiciona, lo instituye y lo compulsa.

Historia de la violación. Siglos XVI-XX, Georges Vigarello, traducción de Alicia Martorell, Cátedra, Madrid, 2000, 394 pp.

La historia de los delitos vinculados al sexo tropieza con ciertos inconvenientes cuando se trata de tiempos alejados del nuestro: falta de denuncias, encubrimiento de sujetos de alto nivel social, ocultamiento de hechos por entender que pueden dañar el honor de la mujer violada, negación de los casos de violación homosexual, etc. En estos terrenos, el historiador debe valerse de ajustadas hipótesis.

Distinta es la situación a partir del siglo XVIII, cuando aparecen las primeras y tímidas medidas de protección a los menores y se vislumbra un cambio de concepto que cristalizará avanzado el Ochocientos: la violación no es un delito contra el pudor sino contra la libertad sexual, en especial la correspondiente a la mujer.

A esta evolución se añaden unas estadísticas criminales más nutridas y puntuales, la inquietud de la ciencia psiquiátrica en cuanto a la anomalía mental del violador, la influencia del medio ambiente, la degeneración innata o adquirida, etc. La investigación de Vigarello llega a nuestros días y recoge el aumento de los hechos conocidos de violencias sexuales, aumento que refleja equívocamente la realidad de los hechos y que más bien responde al creciente estado público de la cuestión.

La masa ingente de aportes documentales está limpiamente procesada y permite advertir la extrema seriedad de la investigación. Categorías propias del derecho penal, la filosofía, la ciencia biológica, la literatura y la crónica son manejadas con habilidad y solvencia, de modo que entendemos con nitidez el alcance de los hechos y la evolución de la mentalidad social inherente a los mismos, tanto del lado del violador, como de su víctima y del Estado que actúa en nombre de la sociedad.

La estructura de la realidad, David Deutsch, traducción de David Sempau, Anagrama, Barcelona, 2000, 398 pp.

Con apoyo en Popper y combatiendo algunas convicciones tópicas, el profesor Deutsch (universidad de Oxford) analiza las distintas vías de acceso al conocimiento de la realidad: el inductivismo, el biologicismo, el evolucionismo y la epistemología problemática, que se libera de la observación para concentrarse en la explicación y en la crítica de la razón científica.

La pluralidad de universos (el pluriverso, como Deutsch lo denomina), el carácter intermitente, fragmentario y no lineal del tiempo, la inconstancia de los objetos llamados materiales, la realidad virtual y la limitada capacidad de imitar objetos, los deslindes entre la convicción teológica y la certeza cuestionable de la ciencia, son algunos de los incisivos recorridos. Desde luego, la historia de la ciencia —más estrictamente, de la casuística y de la epistemología de las ciencias— insiste en estas páginas, que desagan en el problema de los problemas: el punto de partida y la meta de la ciencia no son científicos y no resisten los embates del arte, la religión y la filosofía. De ahí la necesidad de un diálogo constante, un estado de asamblea igualitario del conocimiento, sin inquisiciones amenazantes ni arrogancias cientifi-